

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: ¡Cree, ame y vence! –
Descubrimientos en la 1. Carta de Juan (Cap. 5:1-21)
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

1. Juan 5:1-3

Creer en Jesucristo

El último capítulo de la primera carta de Juan de nuevo relaciona estrechamente la fe con el amor. ¡Estas son las características indispensables de una comunidad cristiana! Nuestra atención se dirige en primer lugar a la fe. El apóstol Juan la describe como el único camino que Dios nos ofrece para una vida nueva: ¡El que cree en su Hijo Jesucristo, ha nacido de Dios! El nombre “Jesús” significa “el Señor es la salvación”. Cristo (“Ungido”) es su título, la designación del Rey de la Paz prometido (comp. Is. 9:6,7; Zac. 9:9).

La mente humana no puede comprender el misterio del Hijo de Dios. Hace falta una revelación de Dios mismo, como lo explica Jesús a Pedro cuando éste le llama Cristo: “No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (lea Mt. 16:13-17). Pablo desea para los cristianos de Colosas: “Que os dé un entendimiento profundo, para que conozcáis toda la grandeza de su misterio, el cual es Cristo” (Col. 2:2b (trad. libre)).

Por esta razón tampoco podemos convertir a nadie a la fe o convencerle de la verdad. La fe es un don de gracia de Dios que Él quiere dar a cada hombre (1.Ti. 2:3-6). Podemos “colaborar” hablando al otro de Jesús y orando por él. Martín Lutero aconseja: “Por lo tanto, armémonos con pruebas de la Escritura de que Jesús es el verdadero Cristo. De esta manera hemos nacido de Dios, para que ninguna astucia ni potestad de Satanás nos aparte de Cristo en quien todas las cosas están cumplidas, donadas y consumadas. En Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. 2:3), y de la luz, de la salvación y de la verdad”.

Quien así toma la palabra a Dios y confía en Cristo, debe saber: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16).



Día 2

1.Juan 5:1-3; Colosenses 1:13,14

Fe y amor

Quien ha nacido de Dios ya no está bajo la potestad de las tinieblas. Ha sido salvado y puesto en el reino de Dios. La vida eterna de Dios ya influye a la vida cotidiana, supera los límites humanos y permite un nuevo estilo de vida. La fe en Jesucristo cambia nuestras relaciones: Mi relación con *Dios* se vuelve diferente de la anterior. Si su amor se ha ganado mi corazón, entonces Él es el centro de mi vida y ya no yo mismo. Mi relación con *las personas*, que también creen en Jesús, se caracteriza por una nueva comprensión de la unidad. Nos reconocemos como hermanos de una familia que tienen el mismo Padre celestial, el mismo Señor.

Así lo experimentó un grupo hogareño alemán, visitado por creyentes de Corea del Sur. Éstos deseaban una relación más estrecha con la comunidad. Hubo problemas lingüísticos, pero a pesar de la cultura extranjera, pronto sintieron un apego muy cordial. El Espíritu de Dios les unió; todo lo ajeno quedó en un segundo plano. El amor de Dios y el amor fraternal son inseparables.

Por desgracia, la realidad a menudo es diferente. Observamos la indiferencia, el rechazo y un espíritu de condena en que el amor se enfría y la desconfianza aumenta. Las razones son múltiples. A veces parece demasiado incómodo satisfacer las necesidades de los demás. A veces no queremos renunciar a nuestros propios deseos y expectativas. Pero también hay creyentes que relatan que la pérdida aparente se convirtió en ganancia. Por la presencia de Jesús, su necesidad o su renuncia se transformaron en riqueza de carácter completamente diferente.

Recordemos las palabras del apóstol Juan al comienzo de su carta: “Les anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1.Jn. 1:3 NVI). ¡Sobre esta base la comunidad puede tener éxito!



Día 3

1. Juan 5:2,3

El amor y los mandamientos de Dios

¿Cómo podemos saber que realmente amamos a Dios y a nuestros hermanos en la fe? Juan da una clara indicación de esto: ¡Guardamos sus mandamientos! El amor a Dios no puede separarse de la disposición a guardar sus mandamientos. Nuestro sentido natural se resiste a reglas y mandamientos, por los cuales nos vemos restringidos. Por tales experiencias puede ser que percibamos a las instrucciones necesarias como una privación de libertad.

“El amor falso y corrupto rompe los mandamientos de Dios para agradar a los hombres por interés o servirles por ser dependiente. Todo amor que puede violar los mandamientos de Dios es falso. La naturaleza santa y pura del amor que proviene de Dios se manifiesta en que nunca se mezcla con la injusticia y la falsedad. Su ley no es la voluntad ni los deseos de los hombres, sino el mandamiento de Dios acerca de nuestro servicio a ellos” (según Adolf Schlatter; comp. Sal. 119:14,18,47,56,125).

Los mandamientos de Dios son expresión de su amor. No cohiben nuestra vida, sino que la amplían. Puede que contraríen nuestro egoísmo, pero nos traen satisfacción. Jesús describió su obediencia a la voluntad del Padre como su comida elemental de la cual se alimentaba (lea Jn. 4:34; 6:38). Estamos invitados a saciar nuestra hambre de vida con Él: “Yo soy el pan de vida. El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Jn. 6:35).

Es cierto que la entrega a Jesús implica también la renuncia. Esta es precisamente la fuerza del amor, que está dispuesto a renunciar y tiene el deseo profundo de alegrar a Cristo. ¿Qué área de mi vida hoy, por amor, deseo ajustar conscientemente a la voluntad de Dios o dejar que Él la corrija?



Día 4

1. Juan 5:3

“Sus mandamientos no son gravosos”

¿De verdad es así? Los mandamientos de Dios, a veces, no son fáciles para nosotros, por ejemplo, cuando se trata de amar a los enemigos (Lc. 6:35) o de perdonar las ofensas (Mt. 6:14). No se puede hacer con sólo pulsar un botón. A veces nos cuesta noches de insomnio, dolor mental e incluso malestar físico.

Pero Juan se dirige a los que han “nacido de Dios”. Como tales disfrutamos de la gracia y de la fuerza del Espíritu Santo, que quiere ayudarnos a participar con lo que Dios tiene intencionado. Los mandamientos de Dios son la expresión de su amor, y sirven para promover nuestro bienestar. Pero nos llevan a nuestros límites. Necesitamos el poder de Dios para cumplirlos.

Hasta cierto punto, nos creemos que podemos satisfacer las exigencias de Dios por nuestro propio esfuerzo. Pero si escuchamos como Jesús las describe y pide su cumplimiento en el Sermón del Monte (Mateo 5-7), entendemos que no podemos hacer nada sin Él.

Pablo sabía por experiencia propia cuán poco bastan sus conocimientos y su buena voluntad: “No me comprendo a mí mismo, porque con todo mi corazón quiero hacer lo que es bueno, y sin embargo no lo hago; sino que hago lo que de verdad aborrezco. Sé que mi proceder es malo, y confieso que la ley es buena; pero no puedo librarme a mí mismo, porque el pecado que hay en mí me induce al mal” (Ro. 7:15-17 trad. libre).

Como monje, Martín Lutero luchaba desesperadamente por librarse del pecado con ayunar, mortificarse y confesarse forzosamente, hasta que comprendió que Dios nos da todo. Él escribe: “El Nuevo Testamento nos da el Espíritu para cumplir lo que prescribe la ley antigua. El nuevo mandamiento brinda la gracia y ofrece el Espíritu que lo hace. Entonces sus mandamientos no son gravosos” (lea Ro. 8:1-4; 2.Co. 12:9,10).



Día 5

1. Juan 5:4,5

La victoria de la fe

Cuando se entrena a un caballo joven adecuado para saltar, primero aprende a superar obstáculos ligeros. En esta situación, se muestra confiado y dispuesto. Debido a una técnica de equitación incorrecta, los caballos jóvenes pierden la confianza, se vuelven reacios a saltar y se niegan sin razón. Al jinete y caballo los une, además de la habilidad y el entrenamiento, sobre todo la confianza. Si ésta se pierde, es muy difícil recuperar la confianza del caballo.

Lo mismo podemos observar en el campo de la fe. La fe erróneamente “entrenada” – por ejemplo, la fe en Dios, complementada con la confianza en los propios logros o en la propia piedad – conduce al fracaso. Igualmente inútil son las instrucciones para lograr una vida cristiana exitosa. Sólo la relación de confianza con Jesucristo, el vencedor, nos permite con Él superar lo que es contrario a Dios en nosotros y alrededor de nosotros.

¿Cómo podemos entrenar la fe tal como la describe la Biblia? Un buen ejemplo son los hombres y mujeres a quienes nos recuerda la carta a los Hebreos (lea He. 11:7,8,23-31). Se atenían a las promesas de Dios. En el camino de la confianza, conocieron cada vez mejor a Dios y le experimentaron como aquel que es digno de confianza.

El piloto misionero, Bernie May escribe: “Las promesas inquebrantables de Dios nunca han cedido bajo mis pies temblorosos y mis manos buscadoras. Sujetarse a las promesas eternamente vigentes de Dios es una práctica que hace al maestro”.

La fe gana estabilidad si miramos siempre más allá de los problemas y de nuestros propios límites, buscando la cercanía de Jesús y guardando su Palabra. Nuestra fe vence al mundo porque Jesús es el Vencedor que con su muerte y resurrección ha vencido al mundo. Él nos anima: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33b).



Día 6

1.Juan 5:6-9

El testimonio de Dios sobre su Hijo

Una misionera relató su experiencia de que a los niños les gusta confiar en los relatos bíblicos, pero a menudo se sienten inseguros por lo que dicen sus padres, hermanos y maestros. Algunos dicen: “La Biblia es un libro de cuentos de hadas”, “Dios no existe” o “Jesús fue solo un buen hombre”.

En los tiempos del apóstol Juan, los relatos acerca de Jesús también eran controvertidos. Había maestros que dudaban que Él sea el Hijo de Dios. En los primeros versículos del capítulo 5, Juan puso énfasis en la fe como tal. En adelante, enfatiza el contenido de la fe, la confesión de Cristo como Hijo de Dios.

En Israel, las declaraciones en los tribunales se consideraban creíbles cuando eran presentadas por dos o tres testigos de acuerdo (comp. Dt. 17:6; 19:15). También el apóstol cita tres “testigos”:

- *El agua*: Juan valora el hecho del bautismo de Jesús, porque allí se abrió el cielo y Dios mismo dio testimonio: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17; comp. Mr. 1:11; Lc. 3:22). Al mismo tiempo, en el bautismo de Jesús se documenta su solidaridad con nosotros, hombres pecadores.

- *La sangre*: En la cruz, Jesús murió por nuestra culpa. Es su sangre la que nos limpia de todo pecado (comp. Ro. 5:8,9; Ef. 1:7; 1.Jn. 1:7).

- *El Espíritu*: El Espíritu Santo de Dios nos permite captar la verdad acerca de Jesucristo. Él es el Espíritu de verdad (Jn. 15:26). Según el misterio de la Trinidad, a la presencia de Dios pertenece la verdad (Sal. 43:3) y Jesús es la verdad en persona (Jn. 14:6,17,18).

“El testimonio de Dios sobre su Hijo actúa en nuestro corazón de tal manera que no reconocemos a una autoridad externa, sino que reconocemos verdaderamente a Jesús dentro de nosotros mismos” (Walter de Boor). ¡Podemos ser testigos de esto! (Lea Hch. 1:8).



Día 7

1. Juan 5:10-13

La elección entre la vida y la muerte

Juan subraya lo que Jesús dijo de sí mismo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Jn. 11:25,26). La vida eterna está en el Hijo y no se consigue en ningún otro lugar. Esto es claramente enfatizado en el versículo 12. O tengo vida eterna o no la tengo.

Así que puedo saberlo si confío en lo que Jesús ha hecho por mí. Cuando tengo dudas de si mi vida de creyente, con todos sus descuidos, sea suficiente para la eternidad, puedo mirar la cruz en la que Jesús, muriendo, dijo: “Consumado es” (Jn. 19:30). Jesús pagó el rescate. Por eso tengo vida eterna.

Mi relación con Jesús determina tanto mi pasado como mi presente y mi futuro.

El *pasado* de una vida sin Dios ha terminado: “Más bien sabemos que si alguno pertenece a Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas han pasado; ha comenzado algo nuevo; todo esto es obra de Dios” (2.Co. 5:17,18a trad. libre).

Nuestro *presente* tiene la calidad de la vida eterna, aunque nuestro cuerpo corruptible y la miseria de este mundo nos impongan cargas. Rápidamente atribuimos a lo visible una importancia como si tuviera valor eterno, y vivimos muy poco de la plenitud del poder de Jesús. Pablo corrige nuestra orientación: “Oro para que sepáis cuán eminentemente grande es su poder, que obra en nosotros los que creemos en Él” (Ef. 1:19 trad. libre).

El *futuro* es la eternidad gloriosa, llena de la presencia indescriptible del Dios vivo, amoroso, justo, misericordioso y benigno. Será la plenitud de vida, descrita en Apocalipsis 21 y 22, que desborda nuestra imaginación.



Día 8

1.Juan 5:10-13; Juan 5:24

¡Regalado con la vida eterna!

“Al testimonio de Dios nadie lo puede escuchar manteniéndose neutral. O él me agarra para que suceda mi renacimiento, o yo lo rechazo y vivo en la mentira y me vuelvo obstinado. El testimonio de Dios es fuerza transformadora” (Heiko Krimmer).

En el encuentro juvenil anual en Aidlingen/Alemania una joven lo experimentó de la manera siguiente:

Ella no podía entender todo de la prédica, pero anhelaba conocer la verdad. ¿Es Jesús realmente el Hijo de Dios? ¿Es verdad lo que dice la Biblia? Hace algún tiempo, ella había dejado la fe en Dios por causa de su razonamiento. Sentía demasiadas contradicciones en la Biblia y había sacado la conclusión: La Biblia tampoco puede ser verdad en sus declaraciones acerca de Dios.

Pues, escéptica, la joven estaba sentada bajo la gran carpa entre miles de jóvenes. Y así sucedió: durante la prédica, ella experimentó la certeza de que Jesús está vivo. Es verdad. Todavía no comprendió que el Espíritu de Dios mismo era su testigo (Jn. 6:63; 16:8,13). Pero ella supo muy bien: ahora es el momento. Ahora tengo que decidir: o digo que sí o me cierro a la verdad y sigo como hasta ahora.

Ella dijo que sí y experimentó una alegría desbordante. Ella tuvo que decirlo inmediatamente a sus conocidos: “¡Es verdad! Jesús vive.” (Comp. Hch. 4:20.) Su vida toma ahora un nuevo enfoque. Se llama Jesucristo. La Biblia, que había dejado a un lado desdeñosamente, se convierte en su lectura preferida personal. Se reúne con otros jóvenes creyentes para comprender mejor quién es este Jesús y cómo se debe vivir la vida nueva (lea Fil. 3:10,11).

¿Con quién podría compartir hoy la alegría del don de la vida eterna?



Día 9

1. Juan 5:12,13

Vivir en la eternidad

Nuestro Señor se nos presenta como el Dios viviente que vive de eternidad en eternidad. Dios dice de sí mismo: “Yo soy el primero y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Is. 44:6b; comp. Ap. 4:9-11). Jesús dice: “Yo soy el primero y el último; y el que vive, y estuvo muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos” (Ap. 1:17b,18a).

La eternidad es un contraste con nuestro tiempo medible, que siempre tiene un principio y un final. La eternidad también contrasta con el estado efímero del hombre. Por eso “la vida eterna no es menos que la vida misma de Dios” (W. Barclay). Dios no está sujeto a la muerte ni a la decadencia. Dios es Dios, vida inmutable por la eternidad.

La vida eterna es plenitud de vida divina, descrita también como gloria (comp. 2.Co. 4:17,18). No podemos sino asombrarnos de la profundidad con la que nuestros perseguidos hermanos en la fe captan esta realidad. Cuando Zia, un pobre mendigo ciego en el norte de Pakistán, aceptó a Cristo, fue secuestrado poco después. Fue torturado y golpeado para obligarle a regresar al Islam. Al final, los secuestradores le hicieron grandes promesas. Zía contestó: “No tenéis nada que me podáis dar que yo no tenga ya en Jesús”.

Incluso en una vida cotidiana menos amenazada, necesitamos la ayuda y la sabiduría de Dios para llevar nuestra vida terrenal a su gloria. Pedro nos anima con las palabras de bendición: “El Dios que os hace conocer su gracia en todas las formas posibles, y que os ha llamado por Jesucristo a participar de su gloria eterna, aunque ahora estéis padeciendo por un poco de tiempo, - este Dios os proveerá de todo lo necesario. Él os confirmará en la fe, os fortalecerá, y os dará el porvenir asegurado” (1.P. 5:10 trad. libre).



Día 10

1. Juan 5:14,15; Juan 14:13,14

Orar con confianza

La confianza es un término esperanzador. En este contexto significa confianza absoluta en el bien que se espera. Jesús fortalece nuestra confianza en la oración, diciendo: “Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O alguno de vosotros daría a su hijo una piedra, si le pidiera pan? ¿Le daría una serpiente, si le pidiera pescado? Así que, si vosotros, que sois malos, tenéis el entendimiento para dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará bien a los que se lo pidan?” (Mt. 7:8-11 trad. libre).

Sin embargo, conocemos la incertidumbre de si Dios escuchará nuestras oraciones y resolverá los asuntos de acuerdo a nuestra visión. Juan lleva nuestras miradas más allá de nuestros deseos, sobre Dios. Nuestras súplicas se dirigen al Señor, quien hace que todas las cosas nos ayuden a bien (Ro. 8:28). Él es el Todopoderoso, a quien todo es posible (Lc. 1:37). Pero Él no hace todo según nuestro pensamiento humano limitado. Puedo y debo rogar y, al mismo tiempo, tener en cuenta que Él lo sabe mejor.

Helmut Thielicke lo expresó así: “Dios lo sabe más paternal”. ¿Dónde he experimentado la divina bondad paternal? Esto me permite tomar confianza en mi oración de hoy. En su amor paternal, puedo refugiarme con confianza y franqueza con todos mis deseos y peticiones. También puedo pedirle que su voluntad y la mía se unan, que mi voluntad descansa en su voluntad.

“Señor, porque tu mano fuerte me sostiene, confío tranquilamente.

Tú me haces fuerte, tú me das ánimo alegre.

Te alabo, Señor, tu voluntad es buena“ (Helga Winkel).



Día 11

1. Juan 5:16,17

La intercesión en caso del pecado

La oración de confianza incluye también el sí al pecador y el no al pecado. El amor verdadero, guiado por la sinceridad y la claridad de los mandamientos de Dios, nos impulsa a pedir perdón para nuestro compañero creyente. No tenemos el derecho de condenar, pero Dios nos da el derecho de interceder, como Jesús, a favor del pecador.

“Esta intercesión por el pecador lleva la promesa de que ‘Dios le dará vida’. Pero no le impondrá la vida ni se lo dará automáticamente. Se alcanza al perdón mediante la confesión, la inclinación y el arrepentimiento. Por eso, la intercesión incluye también la conversación seria y amonestadora con el hermano (comp. Mt. 18:15-17)” (Heiko Krimmer).

Pero, ¿dónde encontramos ese límite que pone el “pecado de muerte”(RV) o el “pecado que lleva a la muerte” (NVI)? Juan no da más detalles sobre esto. Tal vez se refiere a los falsos maestros que reconocieron a Jesús como el Hijo de Dios, pero lo rechazan como el Señor de sus vidas y declaran su propia doctrina como verdad válida. Quien sabe que Jesús es el Hijo de Dios y le rechaza como tal conscientemente, ha optado por quedarse lejos de Dios y por la muerte eterna (comp. Mr. 3:28,29; He. 6:4-6).

Un consejo de pastores experimentados: Si tienes miedo de haber cometido el pecado de muerte o el pecado contra el Espíritu Santo, debes saber que *no* es el caso. Si temes cometer injusticia ante Dios, esto es una clara señal de que *no* te has profundamente alienado de Dios. El blasfemo, en cambio, no tiene conciencia de su pecado o ella no le importa.

En última instancia, sabemos que todo pecado lleva a la muerte (lea Ro. 6:23). Es sólo la gracia de Dios la que nos da el perdón y los nuevos comienzos, ¡nuevos cada día! Nunca dejaremos de agradecerle por eso.



Día 12

1. Juan 5:18-21

Seguramente cierto

Juan termina su carta con la repetición de las cosas elementales que son ciertas. Nuestra vida con Dios el Padre y con su Hijo Jesucristo no se basa en especulaciones o suposiciones.

Dios nos hace saber por medio de su Palabra:

1. *¡El que ha nacido de Dios es guardado por Él!*

Por medio del renacimiento recibimos una nueva vida con futuro (1.P. 1:3). Cristo, que habita en nosotros por medio del Espíritu Santo (Jn. 14:18-20), no puede pecar. Somos liberados de la presión y del dominio del pecado (Jn. 8:36). Nuestro indicador ahora es Jesús, que nos mostraba lo que significa ser obedientes al Padre (comp. Mr. 3:35). Jesucristo nos mantiene siguiendo sus huellas y nos protege: "Fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal" (2.Ts. 3:3). Él promete: "Nadie las arrebatará de mi mano (a mis ovejas)" (lea Jn. 10:27,28).

2. *¡Somos de Él y le pertenecemos!*

Podemos saber que aunque vivimos en medio del mundo, por la fe ya no somos parte de este mundo enemigo a Dios. Éste se dirige hacia el juicio. Pero nosotros pertenecemos a aquel que "dio su vida por nuestros pecados para rescatarnos de este mundo malvado" (Gá. 1:4 NVI).

3. *¡Estamos protegidos en Dios por Cristo!*

Sólo por Dios mismo podemos entender que Jesús es la verdad y la vida (Jn. 14:6). Por Él nuestra vida está arraigada en Dios (comp. Jn. 17:21). Por eso es "la sabiduría suprema: conocer a Jesucristo como mi Señor y confiar en Él en la vida y en la muerte" (H. Krimmer).

Pero con toda la certeza que tenemos como creyentes, queda la lucha entre la luz y las tinieblas, entre la naturaleza nueva y la vieja. Por eso, el apóstol nos llama por último a permanecer vigilantes hasta la venida de Jesús (comp. Mt. 24:23,24,42).


